

LEYENDAS Y NARRACIONES JAPONESAS. NO. 4.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA.

Traducción de Gonzalo J. de la Espada.



Publicado é impreso por T. HASEGAWA. 17 Kami Negishi, Tokyo.



製復許不有所權版  
Es propiedad. Derechos reservados.

西文日本昔噺第二輯ノ四

# 松山鏡

大正三年五月八日 印刷

全 五月十四日 發行

譯者 エスバダ

東京市下谷區上根岸町十七番地

發行者 長谷川武次郎

全 京橋區弓町十五番地

印刷人 柴田喜一



## El Espejo de Matsuyama.

EN tiempos muy antiguos, y en un lugar muy apartado, vivía un hombre joven con su mujer. Sólo tenían una hija, á la cual amaban entrañablemente.

No puedo decirlos los nombres de estas tres personas, porque hace largos años que cayeron en el olvido; pero sí se sabe el nombre del lugar en que vivían: era Matsuyama (la Montaña de los Pinos) en la provincia de Echigo.



Cuando la niña era aún muy pequeña, sucedió una vez que el padre tuvo que ir á la gran ciudad, entonces capital del Japón, para despachar algún asunto. El viaje era demasiado largo para la madre y la niña, así que el hombre, después de despedirse tiernamente y de prometer que traería algunos regalos, se puso solo en camino.

La madre, que en su vida había ido más allá de la próxima aldea, no pudo menos de sentir alguna inquietud por el largo viaje que emprendía su marido; pero su in-





quietud estaba mezclada con cierto orgullo, porque ningún hombre, de todos aquellos contornos, había ido hasta entonces á la gran ciudad, donde residían el rey y sus grandes señores, y donde había tantas cosas dignas de ser vistas.

Pasó el tiempo y llegó el de la vuelta del viajero. La madre vistió á la niña con sus más bellas galas, y ella misma se puso un lindo traje azul: sabía que era el preferido de su esposo.

Cuando éste llegó á su casa, sano y salvo, la alegría fué tan

grande como podeis figuraros: la niña palmoteaba y reía encantada al ver los preciosos juguetes que su padre traía para ella; el padre,







por su parte, contaba y no acababa de las maravillas que había visto en el viaje y en la ciudad misma.

“Te traigo,” dijo á su mujer, “una cosa preciosa, que se llama espejo. Mírala y dime qué ves dentro de ella.” Y al decir esto le dió una caja de madera, blanca y sencilla, en la cual, una vez abierta, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco, como de plata sin bruñir, y estaba adornado con figuras de pájaros y flores en realce; la otra cara era brillante como el más clarísi-



mo cristal. En esta última vió la joven madre, con inefable delicia y asombro, una cara sonriente y feliz, que la miraba desde el fondo con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.





“¿Qué ves?” preguntó de nuevo el marido, á quien complacía la sorpresa de su mujer y halagaba mostrar que había aprendido cosas nuevas en su viaje.

“Veo una linda mujer que me mira..., que mueve los labios como si hablara..., y ¡oh, qué cosa tan extraña! que lleva un vestido azul exactamente igual al mío!” “¿Tonta, si es tu propia cara la que ves!” dijo el marido, orgulloso de saber una cosa que su mujer ignoraba. “Ese disco de metal es lo que se llama un espejo: en la ciudad no hay persona que no tenga

uno, aunque aquí en el campo no lo hemos visto hasta ahora.”

La mujer estaba encantada con su regalo, y los primeros días no hacía más que mirarse al espejo, pues debeis tener presente que, siendo la primera vez que poseía tan precioso objeto, era también nuevo para ella contemplar la imagen de su agraciada cara.

Pero, pensando que una cosa tan maravillosa no debía usarse á diario, pronto metió el espejo en su caja y lo guardó cuidadosamente entre sus tesoros más estimados.

Corrieron años, y el matrimo-



nio vivía siempre dichoso. La alegría de su vida era su hijita, que, á medida que crecía, era la imagen misma de su madre; su carácter, obediente y cariñoso, la hacía amada por todo el mundo. Su madre, que no olvidaba la pasajera vanidad que había sentido al verse hermosa, conservó el espejo celosamente escondido, temerosa de que su uso despertase el orgullo en el corazón de su hija. Jamás le habló de semejante objeto, y en cuanto al padre, ya ni se acordaba de ello. De este modo la hija creció, tan inocente como

lo había sido su madre, ignorante de su hermosura y del espejo que podría reflejarla.

De pronto, una terrible desgracia cayó sobre aquella pequeña y dichosa familia: la bondadosa madre enfermó, y aunque su hija la asistió día y noche con amante solicitud, la enfermedad fué agravándose hasta el punto de que la muerte era inevitable.

Cuando comprendió que debía separarse tan pronto de su marido y de su hija, la pobre mujer sintió un dolor profundísimo, pensando con pena en los amados se-



res que iba á dejar en el mundo,  
y especialmente en su hijita.

Entonces llamó á la niña y le dijo: “Hija de mi alma, bien sabes que estoy muy enferma; pronto moriré, dejándoos solos á tu padre y á ti. Cuando yo haya muerto, prométeme que cada día, por la mañana y por la noche, mirarás este espejo, para que no olvides, viéndome en él, que tu madre te vigila siempre.” Al decir esto, sacó el espejo de su escondite y lo entregó á su hija. Esta, llorando, prometió cumplir lo que se le pedía y la madre, tranquila





y resignada, murió poco después.

La hija, obediente y respetuosa, jamás olvidó la última súplica de su madre: mañana y noche sacaba el espejo de su escondite y lo miraba larga y fijamente: allí veía la imagen brillante y sonriente de su adorada madre. Pero no pálida y enfermiza como en sus últimos días, sino bella y joven como en mejores tiempos. Cada noche la muchacha decía á la imagen las penas y dificultades del día; cada mañana le pedía simpatía y ánimos para vencer los trabajos que el porvenir le reservase.

Así vivía en trato diario con su madre, trabajando para agradarla, como hacía cuando estaba viva y cuidando de evitar cuanto pudiera apenarla ú ofenderla. Su mayor alegría era poder mirar el espejo y decir: "Madre, hoy he sido como tú querías que fuese."

Viéndola mañana y noche, sin falta, mirar el espejo y hasta conversar con él, el padre no pudo menos de preguntar á la muchacha la razón de su extraña conducta. "Padre," respondió la joven, "miro todos los días el espejo para ver á mi querida madre y hablar



con ella." Entonces contó á su padre la recomendación de la moribunda, y cómo no había jamás dejado de cumplirla. Conmovero por tanta ingenuidad y tan fiel y amante obediencia, el padre derramó lágrimas de piedad y de cariño. Y no pudo encontrar en su corazón fuerzas para desengañar



á su hija y decirle que la imagen que ella veía en el espejo era la de su propia bella cara, que por simpatía y asociación, día tras día, se iba haciendo más y más idéntica á la de su amada madre muerta.





